

Valorar la bienaventuranza de los lejanos porque Jesús los busca continuamente.

Porque somos buscados hemos de ser buscadores, no como quien conquista, sino acompañando con respeto, guiando hasta el umbral del misterio. "Jesús busca continuamente a los alejados", los ha escogido en su corazón.

Halík reta a una nueva teología. Si la de la liberación ha sabido leer el Evangelio con ojos de pobre, hoy hace falta una teología de liberación interior, "liberación de las seguridades en el campo religioso". Y la Iglesia tiene que mostrar signos de despojo de sus seguridades "para entrar en el mundo de la inseguridad religiosa", despojarse "del triunfalismo interior de propiedad exclusiva de la verdad". Nos reta a implicarnos solidariamente con los que buscan.

El autor deja asomar su seducción por Teresa de Lisieux. Al final de su vida, Teresa experimentó un auténtico combate espiritual oscuro, que le descubrió el puro ateísmo en el que vivía sensiblemente al hallarse sin la seguridad de la fe. Y de ahí su solidaridad con los no creyentes, hasta hermanarlos, sentarlos a la mesa común y comer el mismo pan. Teresa descubrió el auténtico drama del abandono de Dios experimentando, a las puertas de la muerte, el vacío sin fondo, manteniéndose allí donde la fe "se ha consumido". La fe de Teresa fue reducida a la desnudez como Jesús en la cruz. Y es que "La fe cristiana es una fe resucitada, una fe que tiene que morir en la cruz, ser sepultada y alzarse de nuevo, y en una forma nueva". "La fe pasa a ser amor". Palpar la ausencia de Dios es también darle la posibilidad que se nos dé tal cual es.

Con los pies descalzos, la Iglesia debe salir de su seguridad y hablar todas las lenguas. Salir de la "religión" heredada a una fe de hijos, amigos, compañeros. "Aligerar la novedad del Evangelio". Percatarse de que "Dios está también presente en nuestra misma búsqueda". La apertura nos ha de llevar a abandonar nuestro pasado, y la solidaridad con los no creyentes a sentarnos en la misma mesa para comer juntos. "Dios habla también a la Iglesia de hoy a través de la falta de fe". Dios está más allá de la institución eclesial. Testimoniar desde la pobreza y la humildad, con los pies descalzos, porque el otro es terreno sagrado.

Resulta simpático y chocante que un checo nos traiga como a debate la belleza de Dulcinea del Toboso. Quijote y Sancho presentados estos dos personajes como "dos aspectos del ser humano, dos perspectivas diferentes de ver el mundo". Poner atención a la escucha para detectar lo que "la propia Verdad nos trae y nos dice". Y atención a la comunidad, como lugar donde "se revela la verdad y ahuyenta las fantasías". Dulcinea, la Iglesia puede aparecer con fealdad, pero los ojos enamorados saben ver la belleza, y captar el misterio.

Habla el autor de la fe cansada, cómo insuflar vida en la fe de los individuos y las comunidades. No hay una edad de oro de la fe. La muerte de Dios que se repite tanto es la muerte del hombre. El rostro de Dios se nos muestra en el espejo de la Pascua, en la novedad de la vida de Cristo. Es el tiempo para la cercanía, de las nuevas posibilidades, convertimos en prójimo. Tiempo de sanar, "ser expertos en el campo del perdón y la reconciliación".

Concluye el autor y se pregunta: "¿Qué pasaría si Jesús al final de los tiempos encontrase en la tierra a la Iglesia, pero no fe?". "La fe es paciencia/ ahí, en esa paciencia se muestra su fuerza y su autenticidad".

"Baja del árbol de tu orgullo, Zaqueo, hoy para variar debes cenar conmigo en mi casa. Y recuerda: nunca más estreches la puerta de mi casa. A mi casa es posible entrar solamente con los demás, no es una puerta solo para ti. Ahora voy y abro". — A. Seguí Martí.

BOUYER, L., *Misterio y ministerio de la mujer*. Epílogo de Hans Urs von Balthasar. Colección Verdad y Misión. Ed. Fundación Maior, Madrid 2014, 14 x 21, 110 pp.

Publicada por vez primera en 1976, no deja de sorprender que esta verdadera joya teológica haya tenido que esperar casi cuarenta años para ser traducida al español, versión



de que que por cierto hay que agradecer la perfección con que ha sido realizada, facilitándonos su lectura y comprensión. La presentación e impresión también son impecables.

En esta edad de folletines y librillos que nada enseñan, o enseñan mal apelando sólo a nuestros sentimientos para manipularlos, este ensayo teológico tan acabado se constituye en una aportación valiente sobre el tema, pero en línea con la ortodoxia doctrinal, altura intelectual y didáctica de uno de los grandes teólogos del siglo XX, clave para entender el concilio Vaticano II.

Grácil de cuerpo –femenina, podríamos decir– y sólo menor por su volumen, la obra se divide en dos partes claramente diferenciadas: la primera y troncal se concentra en “desbrozar las grandes líneas de la tradición constante de la Iglesia, también la más antigua, una relación con el misterio de la mujer y “su” o “sus” ministerios. Se trata de datos que entendemos se imponen a todo el que hoy quiera reflexionar sobre este problema a partir de una base seria”. La segunda, a modo de apéndice y con el fin de evitar el riesgo de aminorar la importancia de la precedente –y muy en línea con el estilo de su autor cuando se siente autorizado para volar libremente– ofrece algunas consideraciones o sugerencias personales, con las que no pretende “sacar conclusiones sobre la auténtica enseñanza de la revelación bíblica y la tradición eclesial, sino sencillamente proponer algunas apreciaciones que en el momento presente nos parece pueden inspirarse en ellas”.

La edición se cierra con el espléndido epílogo que Hans Urs von Balthasar puso en la traducción al alemán al año siguiente de que la obra fuese publicada en el original francés; epílogo en el que después de secundar enteramente el pensamiento del autor, dice que lo escribe para prestarles el servicio de “protegerlo, mediante un par de anotaciones, de los ataques que él mismo aguarda de todos los frentes”.

La obra, cuya conclusión está datada en la Abadía de Lucerna el 31 de julio de 1976, leída por cualquiera y en cualquier lugar, es un gozo para el espíritu; si ello acontece en la soledad y el silencio de un claustro o de una celda monástica, viene a ser una cálida noche límpida de estrellas, a modo de un guiño amoroso de la intimidad sacrosanta del misterio de Dios.– *J.L. Soto.*

ALMEIDA, A. J., *Nuevos ministerios. Vocación, carisma y servicio en la comunidad.*, Ed. Herder, Barcelona 2015, 14x21,5, 164 pp.

El profesor y especialista en eclesiología y ministerios, Antonio José Almeida, nos ofrece en este libro una valiosa reflexión sobre los ministerios no ordenados en el periodo comprendido entre el Vaticano II y Aparecida. Teniendo en cuenta este espacio de tiempo de esta accidentada evolución histórica, nuestro teólogo nos da a conocer los signos de un nuevo desafío eclesiológico al que el Espíritu nos está llamando. Aportación que está muy lejos de la idea que se ha tenido de los ministerios no ordenados como una suplencia canónica ante la escasez de ministros ordenados y como solución de emergencia. De ahí que estas páginas puedan sorprender a quien esté aferrado a un pasado que ya no existe.

Con mirada crítica, Almeida va mostrando el proceso de empobrecimiento que afecta negativamente a los ministerios no ordenados en los últimos años, y lo lleva a una reflexión eclesiológica con perspectiva de futuro. Se trata de pasar de una eclesiología de la cristiandad, típica del segundo milenio centralista y jerarquizada, a una eclesiología de comunión propia del primer milenio, y que el Vaticano II retomó; una eclesiología que parte de las necesidades, de las experiencias y de los carismas de las Iglesias locales. Se trata de recuperar una eclesiología cristocéntrica y pneumatológica que asuma lo carismático y lo sacramental, lo eucarístico y el servicio abierto a la sociedad. Éste es un trabajo, además, donde se tienen en cuenta y se evalúan los principales documentos del magisterio de la Iglesia con seriedad y objetividad, pero con la libertad y el ejercicio crítico que